

Marina Closs

ÁLVAR NÚÑEZ
TRABAJOS DE SED
Y DE HAMBRE

COLECCIÓN
Yaicangui / 2

2019

Closs, Marina

Álvar Núñez: trabajos de sed y de hambre / Marina Closs. - 1a ed. -

Resistencia : ConTexto Libros, 2019.

201 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-730-464-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.

CDD A863



de Rubén Duk

Yrigoyen 399 - C.P. 3500

Teléfono (0362) 4449652

Resistencia - Chaco

www.libreriacontexto.com.ar

info@libreriacontexto.com.ar

COLECCIÓN
Yaicangui

Director de Colección Yaicangui:

Mempo Giardinelli

Diseño de tapa: Cinthia Zeitler

Coordinación general: Ana Maldonado

Hecho el depósito de ley 11.723

Derechos reservados

Prohibida su reproducción parcial o total

Capítulo I

El mundo, la Tierra Florida

*De cómo Álvar Núñez se pierde en el mundo
de indios y conoce entre ellos la historia de una
ciudad de oro, hundida bajo la tierra*

Que yo he de escribir lo que ocurrió, desde aquel instante en que sentí estar el cielo sobre mi casco. Estaba el cielo tenso, alrededor de mí, cuando yo escuché del cielo decir: Álvar Núñez Cabeza de Vaca. La selva se cerraba y abría como una ventana. Las telarañas cortaban el aire con sus dibujos concéntricos. Álvar Núñez Cabeza de Casco Galopado por el Cielo: yo miré hacia las alturas, esperando que dos mariposas negras bajasen a posarse sobre mi frente.

Eso era el principio. El casco modelaba mi cabeza como un cuerno. Yo era soldado de pobreza, español, en la tierra de Indias. Esposo de ninguna mujer, sino casi niño. Hombre por mi fe muy amigo, fiel a los designios de los Reyes.

Yo he de escribir, repito, lo que ocurrió desde entonces: cómo fui indio, mercader, visitador, soldado, esclavo y adelantado. Cómo a veces oigo y acuso voz de un ídolo interior. Esto lo digo así: no sé qué demonio. En los vapores del seso, a veces se conforma un rostro que inmediatamente se elimina. Y es la manera de mi hablar entonces como quien va saltando arroyos, llora espinos, deja pueblos carcomidos a cuchillo y entre las llamas.

Estando yo, con casco y cuerno apuntado al cielo, camino a la Tierra Florida de mis jóvenes años, se produjo una disputa entre las naves en que navegábamos. Quillas y cuerdas quebró la marea, murió de madera toda una corriente. La nave quebrada en que partimos, yo y tormentas, siguió camino por un cielo azul. Sin viento, sin estado de estrellas, ni signos de mal o peor destino.

Estábamos perdidos en enfermedad de los marinos, todos caídos y abrazados al suelo. Respirando en la noche, entre las astas, era como si, frente a nosotros, todo rayo de luna se hubiese paralizado. Abriéndose sobre el mar, una punta de agua nos atraía, y otra nos expulsaba lejos, hasta casi soltarnos. Todos muertos en mi nave que ya casi estábamos, yo tomé cargo de ella y guie sobre los mares aquel sarcófago en el viento. De que oía suspirar a esos marinos que morían conmigo, yo veía una estrella y pedía permiso para entrar a tierra desde las aguas. Pero ellas estaban infinitas, y cargaban y reían y espumaban sobre nosotros.

Al fin, vi como la saliente de una isla, y luz de luna que apenas bajaba. Me contraje, me mecí, cerré los ojos para no ver el absurdo de la orilla. Justo entonces, una ola nos tomó de todo, del barco entero que planeó vencido y, con gran golpe, puso fin a nuestras destrezas. Del golpe de la nave contra tierra, todos mis compañeros muertos tornaron a vida y, por ansiedad de bajar al mundo, comenzaron a descolgarse.

Yo vi: la tierra que nos acogía era formada por barrancos. Bajé yo también, para ver a mis muertos cocer su último puñado de alimento. Esperábamos más estragos, seguíamos hacia lo peor. Un marinero de los míos puso a aquella tierra el nombre de Isla del Mal Hado. Hallamos un agua que había llovido y dimos a los enfermos de beber de un pañuelo. Se curaron poco, y pasamos la noche como en un desvelo. Algunos que obedecían al viento contra otros que obedecían a las aguas.

Al día siguiente, llegaron a nosotros los primeros indios. Y eran: sin barbas, como algo pequeños y locos, que reían misteriosamente. Eran esto, afirmo, y andaban siempre con hordas de perros mudos que los secundaban.

Entonces, porque barco no teníamos, ni fuerza de guerra, fuimos capturados, allí mismo, todos. En villa tristísima de indios, vivimos la vida tétrica de los presos. Que nos daban alimentos y

agua agradable y fría, que nos limpiaban las llagas y heridas y nos apartaban de los rostros los vapores de náuseas. A cambio, nos mantenían algo presos y algo esclavos.

Con ellos y en la orilla, nuevamente, amaneció Dios. Pero yo había caído enfermo. De esa enfermedad, se me dijo después que tomé al demonio. Hablaba conmigo, solo, en mi memoria, una letra contra otra. Una imagen contra otra. Una voz contra otra. Hasta que, frente a mí, daba a mí mismo contra el hueso de mi cráneo. No veía otra cosa, sino un paisaje fijo: mi propia cabeza desbarrancada. Y era este sentimiento mío, según indios, los pasos del ídolo que estaba adentrándose en mis pensamientos. Me oyeron gritar su nombre una sola vez, como si una lágrima de él me hubiese quemado toda la superficie de la frente.

Yo les dije y digo ahora: no recordaré. Pero pasaron los años y la quemadura se hizo leve. A veces, tomo estas notas, relámpago que escoce entre mis uñas. Pienso que es cosa del ídolo y quiebro la pluma con que he anotado.

Cristiano soy, sin embargo, y juro. Pero vi y conozco. Afirmo al que quiera de escucharme que sé mi corazón: fui indio, sentado en una piedra que doró la sombra. Con los días, me habían liberado de mi cautiverio, porque ya no gritaba. Para entonces, los demás españoles habían huido, abandonándonos a mí junto a tres descubridores y un esclavo negro, por hallarnos demasiado enfermos para seguir el viaje.

—Pues que en esto de los viajes, todo es apartarse del principio, ande el tiempo —dije a uno de los míos—. No podemos escapar.

Cuando todos los que quedábamos entre nativos estuvimos sanos, los indios nos soltaron y quisieron que aprendiésemos la lengua. Comprendimos rápido, por un estado enfermo de nuestras ideas. Que no hablábamos nada, como si el español se nos hiciese ausente. Hablábamos en tono de voz diferente, sintiendo no sé qué calor de moho en nuestras lenguas.

Esta habla la conozco ahora, y a veces la recuerdo, y digo en ella lo que me viene. Entonces, se suelta una cosa. Y no digo nada, sino que mastico y trago. Ciencias he oído y sin embargo, traigo esta lengua atada al cuello. Lleva la misma tristeza de mundo que he llevado yo. De ahí que la hablo como en un destino nuevo, o en un himno de hombre vencido.

Sigo más: la vida nuestra, de sobrevivientes, transcurrió de una manera y forma que nos hizo esclavos, y luego mercaderes, entre los naturales. Andando vendiendo, cargábamos ovillos de pelo de venado y de gacela. De una tribu a otra, viajábamos con tunas secas y pedazos de caracoles con que los hombres tajaban una fruta y se untaban la pulpa sobre la cara.

Caminando de un barranco a otro, solíamos extraviarnos. Íbamos desnudos contra el viento. Y hubo vez que estuve yo ya casi muerto de hambre y frío perdido en oscuridad. Y árbol hallé que ardía como de vida en Cristo. Al fuego pasé el frío del no amanecer. Las estrellas brillaban a través de la luz de la luna. El árbol ardía con el mismo color de las tejas de los campanarios. Esperé, con viento y fuego entonces, la noche solemne, solo hormigas y lagartijas que vinieron a roer. El árbol no habló, pero yo hice preguntas por saber si mi Dios le hacía vivo. No obtuve contestación, sino el crujido de las ramas. Mordí una hoja y tragué como chispas de dolor y odio.

Estaba asustado. El nuevo mundo me dejaba frío. Al otro día, enfermo de esfuerzo y deslumbre, encontré a mis indios a orillas de un lago. Los llamé con muecas y gritos. Ellos me recibieron y lloraron conmigo, por haberme hallado entero y vivo, aún atado aquí a la tierra.

Algo más he de decir, de entonces, de la vida de ser españoles y estar liberados, tomados libres por la tierra.

Solíamos estar tan hambrientos, que cuando algún animal atrapábamos, una vez terminada la carne, le molíamos los huesos

y hacíamos harina con su osamenta. Averiguadamente creo que, si hubiese sido región pedregosa, las piedras también las hubiésemos mascado. Por el hambre que a veces pasábamos, nos mirábamos los unos a los otros con vergüenza de imaginar. Y en todo se vivía con la misma costumbre de ignominia.

Nuestra carne propia, de cautivos, llegaba también a consumirse, y éramos comidos por los ríos y las ráfagas de viento. Comidos, alegres y vivos de vida de sobrevivientes, de tierra a otra andábamos. Un día, llegamos por fin a región en que noticia triste nos dieron de aquellos españoles que habían marchado sin nosotros. Aquellos que, enfermos, nos habían dejado en el camino, hermanos y abandonados.

Se nos informó que estaban, la mayor parte, muertos por fuerza de indios, por sueños que habían soñado sus asesinos. Y el uno de todos estaba vivo, pero sin habla de nada. Aquel que aún vivía tenía la cara cambiada. Nadie pudo reconocerlo, y lo sentimos de otro seso. Era europeo y se veía, por la barba larga y amplia. Pero le habían cambiado los dientes y los ojos. Los indios no se habían comido las carnes de ninguno. Comedores de costras del mundo, nuestra carne de descubridores les provocaba náuseas.

Durando los diez años que vivimos cautivos de indios, ganamos fama de curar enfermos. Soplábamos en donde los enfermos sentían arder y, a veces, murmurábamos, a modo de salud, una palabra en lengua de cristianos. Además, tapábamos con una piedra el exacto emplazamiento del estómago y esperábamos a que las llagas expulsasen su veneno. Los sanados nos abastecían de hojas secas para humo y comida. La leyenda de nuestras buenas visitas pasaba de una tribu a otra, en lo largo de los campos.

Nuestras manos estaban, quién sabe de dónde, comunicadas con el Cielo. Y hacían solas su pericia. Sanaban como por minutos

casuales: reparábamos el daño de lluvias soplando sobre un rostro. Bendecíamos diariamente la comida durante el tiempo seco del advenimiento. Hacíamos oraciones a Nuestra Señora, para limpiar heridas de mordisco de animal. No conocíamos conjuro, sino que orábamos con torpeza de niños. Por nuestra buena ayuda, quedábamos la noche al resguardo en una cabaña de tablón techado.

A cambio del fantasma bueno de nuestras visitas, pedíamos a los indios alimento. Los jefes de una tribu nos llevaban hasta los jefes de otra, desplazándonos por la tierra. Íbamos por rumbo sur, adonde la ciudad de Tenochtitlán. Por sur, los indios entendían: tierra mezclada con orina de monos.

Entre los indios, nuestro pensamiento y consejo era siempre tenido en mucho. Llegamos a enfadarnos cierta vez, porque la tribu que nos conducía no había tomado el camino que habíamos dispuesto, y se dirigía más hacia el este, sin habernos consultado. Por una andadura del sol, no salimos a bendecirlos, ni aceptamos enfermos. Durante las horas en que nos animó la ira, ocho salvajes jóvenes perecieron y dos mujeres expulsaron a la luz del día unos fetos extraños. Los fetos surgieron mordiendo una piedra blanca entre los dientes y murieron a las pocas horas de alumbrar. Los indios se maldecían unos a otros, y algunos se acercaban, trayéndonos ofrendas de cabello.

Viendo que el peso de nuestra ira había despertado en ellos un espíritu malo, juramos que los perdonábamos y les dijimos en la lengua que podíamos que quedaban absueltos de nuestra condena. Cesó inmediatamente la mortandad. Todos volvieron a estar alegres y festivos. Al único indio que aún lloraba de pena por la muerte de un hijo, lo arrastraron de mala manera hasta una cueva y con unos dientes de ratón agudos lo tajaron desde los hombros hasta el final del cuello.

—¿Por qué —dijimos a ellos— tan sórdidamente lo destruyen?

Los salvajes respondieron:

—En castigo por llorar en vano.

Y de este modo nos tenían siempre en grande, y daban a todo el mundo indicación de guardarnos respeto.

Cuento ahora los recuerdos de milagros que dejé entre esos indios:

En Florida, la habitada por mansos y demonios, una flecha de guerra había estado ensartada por semanas en el pecho de uno de los salvajes. La herida estaba abierta y la piel se hinchaba alrededor. La punta de la flecha aún no había salido. Supuraba un líquido mezclado con lo malo y bello de la sangre.

Por ser yo de mano buena, escarbé en esa carne de hombre, hasta dar con la punta atorada. Saqué la punta recitando algún misterio, luego cosí los bordes de la herida con un hueso extraído de la tumba de un venado. Los sacerdotes indios, que me contemplaban, pidieron ver aquella punta de roca y conservarla para sus fiestas. Toda la tribu vino a donde yo tejía carne y sangre del hermano, e hicieron, por bien de la flecha y la punta, muchas músicas y danzas.

—Señores —les dije, en lengua que podía por mi boca— es por fe que los cuerpos desechan las malas heridas y abandonan delicadamente sus enfermedades.

Y más, que por muerto, un día, trajeron a un niño de pecho, que se iba completamente el color del rostro y la madre avisaba que se lo llevaba no sé qué peligro de fantasma. Yo, que lo tuve en mis manos desde su desvanecer, tan abatido me pareció al verlo, que hice ruego a Santa María por los niños que se mueren.

—¡Pulsad y abriros han! —pronuncié, como a la música contraria de un demonio.

Y ese niño, por un poder que derivaba de lo mío, tomó fuerza en los ojos y, de pura voluntad, volvió a morarlos. No se podrá decir

cuanta belleza resucitó consigo. Era como niño y sombra y cuerpo rasgado que a vestir volvían entre las mujeres. La mujer que lo trajo lo miraba con llanto y se pasaba el vestido de tela sobre el rostro. El niño quedó en todo tiempo con vida y yo fui nombrado desde entonces hacedor de milagros.

A veces recuerdo de esa vida mis propios dedos deshilachados, de tanto sacar raíces comestibles de debajo de las piedras. Y esa memoria en los dedos despierta en mí una gracia suave de abatimiento. Como un fantasma cálido de aquellos tiempos. Otros cuerpos fantasmales que me cuelgan, y otras últimas falanges que quedan abiertas al ras de mis manos.

Por cuanto que, cuando nosotros, descubridores, caminábamos, todo el mundo partía detrás, para preguntar si ya volvíamos al Cielo. Con nosotros avanzaban por miedo de que los abandonásemos. Y todos querían salir al Cielo con nosotros, por mucha tierra que se hubiese de tener que caminar.

Todos querían lo que llamaban: “la Ciudad del Oro”. Atrás de los ríos de aguas pesadas y profundas. En esa ciudad que ellos hablaban, se dormían, en sus historias, los soles y las deidades. Con calor de oro y rayos y cuentas que en la tierra sin uso futuro se amontonaban. De esa ciudad del nombre del Oro, yo también quedaba esperanzado.

—¿Dónde mora? —preguntaba a los de la tierra.

—Vos sabéis —me respondían— Seguid vuestro camino y ella a Vos se os abrirá.

Frente a nosotros se desplegaba el pantano de los sucesos, entre las aguas redondeadas de hojas. Chispas en el barro de los días. Acuérdomme: una generación de indios que hallamos un día, rumbo al norte. Nos mostraron siete cadáveres que llevaban con-

sigio, colocados en cajas de bastimentos. Los siete eran con barbas de españoles y sus cuerpos cubiertos pudorosamente con cueros de venado.

Los indios nos dijeron:

—Estos cadáveres trepan cualquier agujero, o es la tierra la que los expulsa. Los confiamos de muerte, nosotros, por un sueño que alguno hubo, e intentamos enterrarlos según es ritual. Pero a las pocas horas, ellos volvían a sacar al sol sus cabezas y dedos robustos de anillos, sus pies de uñas amarillas. Por terror que habíamos los que fuimos asesinos, mandamos a mujeres y niños a que volviesen a echarlos bajo tierra. Pero estos cuerpos ascendían una vez más de sus gusanos. Luego hallamos estas cajas enormes y vacías, flotando o encalladas en la orilla. Las cargamos hasta donde los muertos salían de sí mismos y vimos cómo hacerlos caber dentro de ellas. Una vez encajonados, los cuerpos pesaban tan poco que un niño hubiera podido cargarlos. Y era tristeza de todos que a cajones tan ligeros los tumbase alguna ráfaga de viento. Decidimos trasportarlos con nosotros para no dejarlos a la buena de su liviandad.

Uno de los españoles que andaban conmigo acusó a estos indios de idólatras, y era cierto que algunos venían hasta aquellos cadáveres de visita, y se quedaban entre las cajas, largo tiempo sentados. Pero no traían ofrendas ni hacían invocaciones, sino que con simpleza los miraban y hacían reverencias antes de marcharse. Restaba en todo ello algo de cansancio y honestidad. En sus adornos, los muertos españoles parecían tratados con escrúpulo. Y estaba la belleza grave que añadían las pinturas, rojas serpientes solares, bocas, sobre el refugio tosco de los brazos.

Aquellos días de indios, caminábamos aún más, hasta el poner de soles, o aun siendo ya noche, todos descargados del lastre de nuestras sombras. Y avanzábamos en grupo, bajo la luz tajada de

la luna. El suelo, llano y dorado de arena, solo algunas serpientes hermosas paseando por el silencio de los costados.

Junto a una piedra en forma de ídolo, los indios que venían con nosotros nos hicieron ofrenda un día de seiscientos corazones de venado. Nos dieron las gracias y armaron un fuego para resguardarnos del frío. El fuego pasaba una lengua amarilla y empujaba una chispa hacia todos los rostros. Cantamos los tres europeos a su modo: el canto de la dama de una noche o india sentada en una roca, besada incansablemente por la luna. El canto de aquel Mala Cosa, que salía de un surco de la tierra con cuchillas, pinzas, y otros instrumentos que el viento no levantaba. Abría una herida en el hombre enfermo y le quitaba el hígado o el corazón. El sanado pasaba un tiempo vomitando espuma, hasta que caía sobre él una salud feliz de alucinado.

—Mala Cosa no es indio —decían ellos—. Nacido de semen en vientre de bruja. Es búho y ni siquiera diablo.

—La Dama de una noche —decían más alto— no es humanidad, sino vejez completa de la luna. Y quien se acerca a ella, ve, en su lugar, un montón de serpientes saliendo silenciosamente de sus huevos.

Y del Mala Cosa que allí conversaban, nos mostraron heridas que eran como de operaciones a cuchillo, que decían que él mismo había practicado sobre ellos.

Para no ser de callar, canté en canciones la historia de Cristóbal Colón, hijo de pobres tejedores:

—Aquel Cristófero, conociendo por los astros la proximidad de un eclipse lunar, mintió a los indios que, si no les llenaban las arcas de comida, él robaría a la luna de sus aposentos. Y de pobre que era e inculto, supo exhibir durante el eclipse un comportamiento afín de las manos y los dedos: como si metiera la luna en un saco de tela, que apretaba contra su cuerpo. Y cada indio, al verlo, chilló

de terror y lo llamó demonio, mientras él fingía que la luna pesaba en el fondo de su saco.

Los indios que seguían mi historia se regodearon y dijeron que no era posible creer o descreer. Que ellos no hacían caso de esas cosas, el quién de lo que sucedía más arriba.

—Qué vamos a deciros —nos respondían—, allí las cosas se nos confunden. Pasan como una mujer tras de las hojas.

Esperábamos las horas. La noche era un estado calmo y flácido de nuestras ideas. De pronto, en el fuego que volaba, los indios comenzaron nuevamente a hablar:

—El país habitado del brillo, esa Ciudad de Oro... es lo que hallaremos al final. De nosotros, a un paso hacia abajo de esta tierra. Está profunda. La más alta de sus torres toca, en su superficie, el revés del suelo. Y siguiendo el brillo en una línea recta es que es posible entrar a ella.

—¿Del brillo de qué? —pregunté— ¿sino de metales preciosos?

—Del viento de oro y pequeñas muchachas de oro que se abanicaban con armazones de oro, de patas de escarabajos. De senderos estrechos que dan al oro, como un río enorme, hacia el que se lleva a los príncipes del oro, para sacrificarlos frente a la corriente.

Yo miré al indio que narraba:

—¿Y por dónde fingen que se llega a esa ciudad?

—¡Ah! —respondió él— por donde el sol no sube ni desaparece. De qué ruta, yo no puedo hablaros. Pero quien la descubre, allá se queda. Es decir, muerto instantáneo en oros. O vivo apenas, debajo de la vida. Ved si a veces no parece que la tierra encubre, y sube de ella rumor como de príncipes abanicados.

